

William Faulkner

El ruido y la furia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Sound and the Fury*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Random House,
una división of Penguin Random House LLC

Traducción de Mariano Antolín Rato

Primera edición: 2004

Segunda edición: 2013

Sexta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Truck under Tree*

© Tom Marks/ Corbis/ Latinstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1929, 1956 by William Faulkner. Copyright 1946 by Random House, Inc.

Copyright ©1984 by Jill Faulkner Summers

© de la traducción: Mariano Antolín Rato, 2004

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7575-6

Depósito legal: M. 17.702-2013

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Siete de abril de 1928
90	Dos de junio de 1910
207	Seis de abril de 1928
304	Ocho de abril de 1928
369	Apéndice. Compson: 1699-1945

Nota del traductor

Para esta nueva versión revisada de *El ruido y la furia* –publicada originalmente como *El sonido y la furia*, en 1981– han sido de gran utilidad las referencias bibliográficas acerca de las nuevas ediciones comentadas y glosarios más recientes que me señaló Manuel Rodríguez Rivero.

Siete de abril de 1928

A través de la cerca, entre los espacios de flores ensortijadas, los veía pegar. Iban acercándose hacia donde estaba la bandera y yo los seguía desde la cerca. Luster estaba buscando entre la hierba junto al árbol de las flores. Sacaron la bandera, y pegaron. Luego volvieron a meter la bandera y fueron hasta la mesa y uno pegó y el otro pegó. Luego siguieron y yo fui junto a la cerca y ellos se pararon y nosotros nos paramos y yo miré a través de la cerca mientras Luster buscaba entre la hierba.

–Eh, caddie. –Pegó. Atravesaron el prado. Yo me agarré a la cerca y los vi alejarse.

–Y ahora, escuche –dijo Luster–. ¿Qué le parece? Con treinta y tres años y ponerse así. Después de que fui andando hasta el pueblo a comprarle esa tarta. Deje ya de berrear. ¿No me va a ayudar a buscar esos veinticinco centavos para que esta noche pueda ir a la función?

Pegaron más, al otro lado del prado. Volví pegado a la cerca hasta donde esta bandera. Se agitaba por encima de la hierba brillante y los árboles.

–Vamos –dijo Luster–. Ya hemos mirado por ahí. No van a volver. Vamos a bajar hasta el arroyo y buscar esos veinticinco centavos antes de que los encuentren esos negros.

Era roja, se agitaba por encima del prado. Luego había un pájaro planeando y revoloteando sobre ella. Luster tiró. La bandera se agitaba por encima de la hierba brillante y los árboles. Me agarré a la cerca.

–Termine ya con esos berridos –dijo Luster–. No puedo hacer que vengan si no vienen ellos. No puedo. Si no se calla, mamita no le va a preparar el cumpleaños. Si no se calla, ya sabe lo que voy a hacer. Me voy a comer esa tarta entera. Y me como las velas, también. Me como esas treinta y tres velas. Vamos, bajaremos hasta el arroyo. Tengo que encontrar mis veinticinco centavos. A lo mejor encontramos alguna de sus pelotas. Oiga. Fíjese en ellos. Están ahí. Allá lejos. ¿Los ve? –Se acercó a la cerca y señaló con el brazo–. ¿Los ve? Ya no van a volver por aquí. Vámonos.

Seguimos pegados a la cerca y llegamos a la verja del jardín, donde estaban nuestras sombras. En la verja mi sombra era más alta que la Luster. Llegamos al sitio roto y pasamos por él.

–Espere un momento –dijo Luster–. Se ha enganchado otra vez en ese hierro. ¿Es que no puede pasar a gatas por aquí sin engancharse en ese clavo?

Caddy me desenganchó y pasamos a gatas. Tío Maury dijo que no nos viera nadie, así que será mejor que nos aga-

chemos, dijo Caddy. Agáchate, Benjy. Así, ¿ves? Nos agachamos y cruzamos el jardín por donde las flores nos arañaban al rozarlas. El suelo estaba duro. Trepamos a la cerca de donde los cerdos gruñían y resoplaban. Me parece que están tristes porque hoy han matado a uno, dijo Caddy. El suelo estaba duro, removido y como con nudos.

No te saques las manos de los bolsillos, dijo Caddy, o se te helarán. No querrás que se te hielen las manos en Navidad, ¿verdad?

–Hace demasiado frío –dijo Versh–. No iré a salir, ¿verdad?

–¿Qué pasa ahora? –dijo madre.

–Quiere salir –dijo Versh.

–Déjalo que salga –dijo tío Maury.

–Hace demasiado frío –dijo madre–. Será mejor que se quede dentro. Benjamin. Basta ya.

–No le sentará mal –dijo tío Maury.

–Tú Benjamin –dijo madre– Si no eres bueno, te tendrás que ir a la cocina.

–Mamita dice que no vaya a la cocina –dijo Versh–. Dice que tiene que preparar todas esas cosas.

–Déjale que salga, Caroline –dijo tío Maury–. Te vas a poner mala de tanto preocuparte por él.

–Ya lo sé –dijo madre–. Es un castigo. A veces me pregunto si...

–Ya sé, ya sé –dijo tío Maury–. No te dejes abatir. Te prepararé un ponche.

–Me preocuparé más –dijo madre–. ¿Es que no lo sabes?

–Te encontrarás mejor –dijo tío Maury–. Chico, abrígalo bien y llévalo afuera un rato.

Tío Maury se marchó. Versh se marchó.

–Cállate, por favor –dijo madre–. Estamos intentando que salgas lo más pronto posible. No quiero que te pongas malo.

Versh me puso los chanclos y el abrigo, agarramos mi gorra y salimos. Tío Maury estaba guardando las botellas en el aparador del comedor.

–Que esté fuera como una media hora, chico –dijo tío Maury–. Sin salir de la cerca.

–Sí, señor –dijo Versh–. Nunca le dejamos que salga.

Cruzamos la puerta. El sol era frío y brillaba.

–¿Dónde va? –dijo Versh–. No creerá que va ir hasta el pueblo, ¿verdad? –Pasamos entre las hojas que hacían ruido. La cancela estaba fría–. Será mejor que se meta las manos en los bolsillos –dijo Versh–. Se le quedarán heladas cogido a esa cancela, y entonces, ¿qué? ¿Por qué no los espera dentro de la casa? –Me metió las manos en los bolsillos. Le oía hacer ruido entre las hojas. Yo oía el frío. La cancela estaba fría.

–Tenga unas nueces. ¡Uuuui! Súbase a ese árbol. Fíjese en esa ardilla, Benjy.

Yo no sentía la cancela nada de nada, pero olía el frío que brillaba.

–Será mejor que se meta las manos en los bolsillos.

Caddy iba andando. Luego corría, con la cartera del colegio balanceándose y dando saltos detrás de ella.

–Hola, Benjy –dijo Caddy. Abrió la cancela y entró y se agachó. Caddy olía como las hojas–. Viniste a mi encuentro –dijo–. Viniste al encuentro de Caddy. ¿Por qué dejaste que se le quedaran tan frías las manos, Versh?

–Le dije que las tuviera metidas en los bolsillos –dijo Versh–. Pero como se agarra a esa cancela.

–Viniste al encuentro de Caddy –dijo ella, frotándose las manos–. ¿Qué te pasa? ¿Qué tratas de contarle a Caddy? –Caddy olía como los árboles y como cuando dice que estamos dormidos.

¿Por qué berrea así? dijo Luster. Los volverá a ver en cuanto lleguemos al arroyo. Tome. Aquí tiene una rama de estramonio. Me dio la flor. Cruzamos la cerca, entramos al solar.

–¿Qué te pasa? –dijo Caddy–. ¿Qué tratas de contarle a Caddy? ¿Lo mandaron salir, Versh?

–No conseguían que se quedara dentro –dijo Versh–. No se estuvo quieto hasta que lo dejaron salir, y vino directamente aquí a mirar por la cancela.

–¿Qué te pasa? –dijo Caddy–. ¿Creíste que ya sería Navidad cuando yo volviera del colegio? ¿Es lo que creías? Navidad es pasado mañana. Santa Claus, Benjy, Santa Claus. Ven, correremos hasta casa y entraremos en calor. –Me agarró de la mano y corrimos entre las hojas brillantes que hacían ruido. Corrimos escalones arriba y salimos del frío que brillaba, entrando en el frío oscuro. Tío Maury estaba volviendo a guardar las botellas en el aparador. Llamó a Caddy. Caddy dijo:

–Llévalo junto al fuego, Versh. Vete con Versh –dijo–. Yo iré dentro de un momento.

Fuimos al fuego. Madre dijo:

–Tiene frío, Versh.

–No –dijo Versh.

–Quítale el abrigo y los chanclos –dijo madre–. ¿Cuántas veces te voy a tener que decir que no entre en casa con los chanclos puestos?

–Sí señora –dijo Versh–. Ahora estese quieto. –Me quitó los chanclos y me desabrochó el abrigo. Caddy dijo:

–Espera, Versh. ¿No puede volver a salir, madre? Quiero que venga conmigo.

–Será mejor que lo dejes aquí –dijo tío Maury–. Hoy ya ha estado fuera bastante.

–Creo que será mejor que os quedéis los dos –dijo madre–. El frío va en aumento, dice Dilsey.

–Pero madre –dijo Caddy.

–Tonterías –dijo tío Maury–. La niña ha pasado todo el día en el colegio. Necesita tomar el aire. A correr, Candance.

–Déjele venir, madre –dijo Caddy–. Por favor. Sabe que llorará.

–Entonces ¿por qué lo mencionaste delante de él? –dijo madre–. ¿Por qué entraste tú? Para darle motivos para que me volviera a preocupar. Ya has estado bastante fuera por hoy. Creo que lo mejor será que te sientes aquí y juegues con él.

–Que salgan, Caroline –dijo tío Maury–. Un poco de frío no les puede sentar tan mal. Recuerda que te tienes que cuidar.

–Lo sé –dijo madre–. Nadie sabe cuánto temo las Navidades. Nadie. No soy una de esas mujeres que pueden con todo. Ojalá fuera más fuerte, por Jason y los niños.

–Debes hacer lo que puedas y no que ellos te preocupen –dijo tío Maury–. Venga, iros los dos. Pero no andéis por ahí fuera demasiado tiempo. Vuestra madre se preocuparía.

–Sí –dijo Caddy–. Ven, Benjy. Vamos a salir otra vez. –Me abrochó el abrigo y fuimos hacia la puerta.

—¿Vas sacar a ese niño sin los chanclos? —dijo madre—. ¿Quieres que se ponga malo estando la casa tan llena de gente?

—Lo olvidaba —dijo Caddy—. Creí que los tenía puestos. Volvimos.

—¿Dónde tienes la cabeza? —dijo madre. *Y ahora quieto*, dijo Versh. Me puso los chanclos—. El día que falte yo, tendrás que pensar tú por él. —*Ahora empuje*, dijo Versh—. Ven aquí y besa a madre, Benjamin.

Caddy me llevó hasta la butaca de madre y madre me cogió la cara entre sus manos y luego me apretó contra ella.

—Mi pobre niñito —dijo. Me dejó ir—. Tú y Versh le cuidaréis bien, ¿eh, cariño?

—Sí, madre —dijo Caddy. Salimos. Caddy dijo—: No tienes que venir, Versh. Lo cuidaré yo un rato.

—Muy bien —dijo Versh—. No tengo ninguna gana de salir a jugar con este frío. —Se fue y nos paramos en el vestíbulo y Caddy se arrodilló y me abrazó y acercó su cara brillante y fría a la mía. Olía como los árboles.

—No eres un pobre niñito. No lo eres. Tienes a Caddy. ¿Verdad que tienes a Caddy?

¿Es que no va a dejar de berrear y babearse? dijo Luster. ¿No le da vergüenza armar todo este lío? Pasamos junto a la cochera, donde estaba el coche. Tenía una rueda nueva.

—Suba, y ahora estese quietecito hasta que venga su mamá —dijo Dilsey. Me empujó dentro del coche. T. P. sujetó las riendas—. De verdad que no entiendo por qué Jason no compra un faetón nuevo —dijo Dilsey—. Éste se va a caer a cachos cualquier día de estos. Fíjese en esas ruedas.

Madre salió, bajándose el velo. Llevaba unas flores.

—¿Dónde está Roskus? —dijo.

—Hoy Roskus no puede ni levantarse —dijo Dilsey—. T. P. conducirá perfectamente.

—Me da miedo —dijo madre—. Creo yo que entre todos podríais conseguirme un cochero una vez por semana. No es pedir demasiado, me parece. Bien lo sabe Dios.

—Sabe usted tan bien como yo que Roskus anda muy mal de su reuma y que hace lo que puede, señorita Caroline —dijo Dilsey—. Venga y suba. T. P. puede llevar el coche tan bien como Roskus.

—Me da miedo —dijo madre—. Con el niño.

Dilsey subió los escalones.

—¿Llama usted niño a eso? —dijo. Agarró a madre por el brazo—. Un hombretón tan grande como T. P. Vamos, si es que quiere ir.

—Me da miedo —dijo madre. Bajaron los escalones y Dilsey ayudó a subir a madre—. Quizá fuera lo mejor para todos —dijo madre.

—¿No le da vergüenza hablar de ese modo? —dijo Dilsey—. ¿No sabe que un negro de dieciocho años no puede hacer que corra Queenie? Es más vieja que él y Benjy juntos. Y no te pongas a azucar a Queenie, ¿me oyes, T. P.? Si no llevas bien a la señorita Caroline, tendrás que vértelas con Roskus. No está tan baldado para no ocuparse de eso.

—Sí, señora —dijo T. P.

—Estoy segura de que va a pasar algo —dijo madre—. Basta ya, Benjamin.

—Dele una flor —dijo Dilsey—. Eso es lo que quiere. —Estiró la mano dentro.

–No, no –dijo madre–. Las estropeará todas.

–Sujételas –dijo Dilsey–. Yo le arrancaré una. –Me dio una flor y su mano se fue.

–Y ahora váyanse antes de que Quentin los vea y también quiera ir –dijo Dilsey.

–¿Dónde está esa niña? –dijo madre.

–Ahí, dentro de la casa, jugando con Luster –dijo Dilsey–. Vamos T. P. Guía ese faetón como te ha dicho Roskus.

–Sí, señora –dijo T. P.–. Arre, Queenie.

–Quentin –dijo madre–. No la dejes.

–Claro que no –dijo Dilsey.

El coche traqueteó e hizo ruido por el sendero.

–Me da miedo irme y dejar a Quentin –dijo madre–. Será mejor no ir, T. P. –Cruzamos la cancela y ya no había traqueteos. T. P. pegó a Queenie con el látigo.

–Cuidado, T. P. –dijo madre.

–Tengo que hacer que ande –dijo T. P.–. Estará despierta hasta que volvamos al establo.

–Da la vuelta –dijo madre–. Me da miedo irme y dejar a Quentin.

–No puedo dar la vuelta aquí –dijo T. P. Luego el camino se ensanchó.

–¿No puedes dar la vuelta aquí? –dijo madre.

–Muy bien –dijo T. P.–. Empezamos a dar la vuelta.

–Cuidado, T. P. –dijo madre, agarrándome.

–De alguna manera tengo que dar la vuelta –dijo T. P.–. So, Queenie. –Nos paramos.

–Vamos a volcar –dijo madre.

–Entonces, ¿qué quiere que haga? –dijo T. P.

–Me da miedo que trates de dar la vuelta –dijo madre.

–Arre, Queenie –dijo T. P. Seguimos.

–Estoy segura de que Dilsey dejará que le pase algo mientras yo estoy fuera –dijo madre–. Tenemos que volver enseguida.

–Arre, Queenie –dijo T. P. Pegó a Queenie con el látigo.

–Cuidado, T. P. –dijo madre, agarrándome. Yo oía los cascotes de Queenie y las formas brillantes pasaban suave y constantemente a los dos lados, sus sombras se deslizaban por encima del lomo de Queenie. Pasaban igual que la parte de arriba de las ruedas, brillando. Luego las de un lado se pararon junto al gran poste blanco donde estaba el soldado. Pero por el otro lado siguieron suaves y firmes, aunque un poco más despacio.

–¿Qué quieres? –dijo Jason. Tenía las manos en los bolsillos y un lápiz detrás de la oreja.

–Vamos al cementerio –dijo madre.

–Muy bien –dijo Jason–. No tengo intención de deteneros, de verdad. Era todo lo que querías de mí, ¿sólo decirme eso?

–Sé que no vendrás –dijo madre–. Me sentiría más segura si lo hicieras.

–¿Segura de qué? –dijo Jason–. Ni padre ni Quentin te van a hacer daño.

Madre se metió el pañuelo por debajo del velo.

–Ya está bien, madre –dijo Jason–. ¿Quieres que ese maldito idiota se ponga a berrear en mitad de la plaza? Sigue, T. P.

–Arre, Queenie –dijo T. P.

–Es un castigo del Cielo –dijo madre–. Pero también yo me iré pronto.

–Adelante –dijo Jason.

–So –dijo T. P.

Jason dijo:

–Tío Maury ha cargado cincuenta en tu cuenta. ¿Qué quieres hacer sobre eso?

–¿Por qué me lo preguntas a mí? –dijo madre–. Yo no tengo nada que decir sobre eso. Trato de no daros la lata ni a ti ni a Dilsey. Pronto me habré ido, y entonces tú...

–Sigue, T. P. –dijo Jason.

–Arre, Queenie –dijo T. P.–. Las formas pasaban. Las del otro lado empezaron otra vez, brillantes, rápidas y suaves, como cuando Caddy dice que nos vamos a dormir.

Llorón, dijo Luster. ¿No le da vergüenza? Cruzamos el establo. Los pesebres estaban todos abiertos. Ya no hay ningún potro tordo que montar, dijo Luster. El suelo estaba seco y polvoriento. El tejado se hundía. Los agujeros oblicuos estaban llenos de remolinos amarillos. ¿Qué anda buscando por ese lado? ¿Quiere que le partan la cara con una de sus pelotas?

–No te saques las manos de los bolsillos –dijo Caddy–, o se te helarán. No querrás que se te hielen las manos en Navidad, ¿verdad?

Dimos la vuelta al establo. La vaca grande y la pequeña estaban a la puerta, y oímos a Prince, Queenie y Fancy pateando dentro del establo.

–Si no hiciera tanto frío podríamos montar a Fancy –dijo Caddy–. Pero hoy hace demasiado frío para montar. –Luego vimos el arroyo, donde volaba el humo–. Ahí es donde están matando al cerdo –dijo Caddy–. Podemos ir hasta allí cerca y verlo. –Bajamos la loma.

–¿Quieres llevar tú la carta? –dijo Caddy–. Puedes llevarla. –Se sacó la carta del bolsillo y la metió en el mío–. Es un regalo de Navidad –dijo Caddy–. Tío Maury va a darle una sorpresa a la señora Patterson. Tenemos que dársela sin que lo vea nadie. Y ahora no te saques las manos de los bolsillos. –Llegamos al arroyo.

–Está helado –dijo Caddy–. Mira. –Rompió la parte de arriba del agua y me puso un trozo junto a la cara–. Hielo. Eso demuestra lo frío que está. –Me ayudó a cruzar y subimos la loma–. No podemos contárselo a padre ni a madre. ¿Sabes lo que creo que es? Creo que es una sorpresa para padre y madre y para el señor Patterson, porque el señor Patterson te mandó caramelos. ¿Te acuerdas de cuando el señor Patterson te mandó caramelos el verano pasado?

Había una cerca. La enredadera estaba seca y el viento hacía ruido en ella.

–Lo que no entiendo es por qué tío Maury no mandó a Versh –dijo Caddy–. Versh no diría nada. –La señora Patterson estaba mirando por la ventana–. Espera aquí –dijo Caddy–. Ahora espera aquí mismo. Volveré dentro de un momento. Dame la carta. –Me sacó la carta del bolsillo–. No te saques las manos de los bolsillos. –Trepó la cerca con la carta en la mano y pasó entre las flores marrones que hacían ruido. La señora Patterson vino a la puerta y la abrió y se quedó allí.

El señor Patterson estaba cortando las flores verdes. Dejó de cortar y me miró. La señora Patterson vino por el jardín, corría. Cuando le vi los ojos me eché a llorar. Idiota, dijo la señora Patterson, le dije que no volviera a mandarte solo. Dámela. Enseñada. El señor Patterson vino corriendo, con

el azadón. La señora Patterson se inclinó sobre la cerca, extendiendo la mano. Trataba de trepar la cerca. Dámela a mí. El señor Patterson trepó por la cerca. Agarró la carta. El vestido de la señora Patterson se había enganchado en la cerca. Le vi de nuevo los ojos y corrí loma abajo.

—Por allá sólo hay casas —dijo Luster—. Vamos a bajar hasta el arroyo.

Abajo, en el arroyo, estaban lavando. Una de ellas cantaba. Yo olía la ropa que se agitaba y el humo que volaba sobre el arroyo.

—Quédese aquí —dijo Luster—. No tiene nada que hacer allá abajo. Además le pegarían, seguro.

—¿Y ése qué es lo que quiere?

—No sabe lo que quiere —dijo Luster—. Cree que lo que quiere es ir allá arriba donde están pegándole a esa pelota. Quédese aquí sentado y juegue con su estramonio. Mire cómo juegan en el arroyo esos niños, si le apetece mirar algo. ¿Por qué no se comporta como las personas? —Me senté en la orilla donde lavaban y donde volaba el humo azul.

—¿No habréis visto una moneda de veinticinco centavos por aquí? —dijo Luster.

—¿Qué moneda?

—Una que yo tenía esta mañana —dijo Luster—. La perdí por alguna parte. Se me cayó por este agujero del bolsillo. Si no la encuentro, no podré ir a la función de esta noche.

—¿De dónde sacaste esa moneda, chico? ¿De los bolsillos de los blancos cuando no estaban mirando?

—La saqué de donde siempre —dijo Luster—. Hay muchas más en donde estaba ésta. Tengo que encontrarla. ¿No la habréis encontrado?

–No me interesan las monedas de veinticinco centavos. Tengo asuntos propios de los que ocuparme.

–Venga aquí –dijo Luster–. Ayúdeme a buscarla.

–Ése no reconocería una moneda de veinticinco centavos aunque la encontrara, ¿verdad?

–De todos modos puede ayudarme a buscarla –dijo Luster–. ¿Vais a ir a la función de esta noche?

–No me hables de funciones. Cuando termine con todo este barreño estaré demasiado cansada incluso para levantar un dedo.

–Apuesto lo que sea a que irás –dijo Luster–. Apuesto lo que sea a que ya fuiste anoche. Apuesto lo que sea a que todas estaréis allí en cuanto abran la carpa.

–Ya habrá suficientes negros sin que esté yo. Como ayer por la noche.

–El dinero de los negros es tan bueno como el de los blancos, me parece.

–Los blancos dan dinero a los negros porque en cuanto viene un blanco con una banda lo recuperan y así los negros tienen que seguir trabajando para volver a ganarlo.

–Tú no vas a ir a esa función.

–Todavía no. No lo había pensado, supongo.

–¿Qué tienes contra los blancos?

–No tengo nada contra ellos. Me ocupo de mis cosas y dejo que los blancos se ocupen de las suyas. No me interesa esa función.

–Hay un hombre que toca una canción con un serrucho. Lo toca como un banjo.

–Tú estuviste ayer por la noche –dijo Luster–. Yo voy esta noche. Si encuentro la moneda que he perdido.

—¿Lo llevarás contigo, supongo?

—¿Yo? —dijo Luster—. ¿Crees que me gusta ir a ninguna parte con él para que se ponga a berrear?

—¿Qué haces cuando empieza a berrear?

—Le pego —dijo Luster. Se sentó y se enrolló los pantalones del mono. Jugaban en el arroyo.

—¿No habéis encontrado alguna pelota? —dijo Luster.

—¿No estás presumiendo demasiado? Será mejor que tu abuela no te oiga decir esas cosas.

Luster se metió en el arroyo, donde estaban jugando. Buscó en el agua pegado a la orilla.

—La tenía esta mañana cuando estuvimos por aquí —dijo Luster.

—¿Hacia dónde la perdiste?

—Se me cayó por este agujero del bolsillo —dijo Luster. Buscaron dentro del arroyo. Luego todos se estiraron rápidamente y se detuvieron, y después se salpicaron y se pelearon dentro del arroyo. Luster la cogió y se quedaron de cuclillas en el agua, mirando loma arriba entre las zarzas.

—¿Dónde están? —dijo Luster.

—Todavía no se los ve.

Luster se la guardó en el bolsillo. Ellos venían loma abajo.

—¿Habéis visto una pelota por aquí?

—Debe de estar en el agua. Chicos, ¿no la habéis visto ni oído?

—No se ha oído nada por aquí —dijo Luster—. He oído algo que pegaba contra aquel árbol de allí. No sé hacia dónde fue.

Miraron dentro del arroyo.